

---

## LA CIUDAD MODELO

---

**T**RABAJABA yo sobre el expresado asunto de este artículo, cuando un eclesiástico conocido mio se me presenta, me saluda afectuoso y me dice:

—Soy, como sabe usted, confesor de algunas monjas; éstas me encargaron un cajoncito donde viene un regalo para otras de esta capital; un agente de la Aduana me ha despojado del susodicho cajon, y yo no sé qué hacer. Deme usted un consejo.

Nigromante.—Tenga usted paciencia! Si no fuere el dia de mañana festivo, se presentará usted en la Aduana, donde, en caso de que no aparezca usted responsable de contrabando, se le devolverá su cajon, previas doscientas veinticinco formalidades; podrá ser que sólo en eso pierda usted no más la mañana.

El eclesiástico.—Pero señor, ¿no están abolidas las alcabalas?

Nigromante.—No lo están; la Constitucion cometió ese encargo á nuestros legisladores, y no han tenido tiempo para cumplirlo

El eclesiástico.—¿Será posible que los ciudadanos de esta ilustrada capital sufran en silencio la tiranía de la Aduana?

Nigromante.—¡Sufrimos tantas cosas! ¡tantas tiranías! Todo el ramo administrativo, desde el Presidente hasta el policía, se compone de tiranos; y tenemos otros particulares, pero autorizados por el mismo Gobierno.

El eclesiástico.—¡Es verdad! Despojado de mi cajón, me encaminé á dar tan infausta nueva á las monjitas de esta ciudad; atravesaba yo en coche el paseo de Bucareli, cuando una máquina de vapor estuvo en momentos de llevarme las narices . . . . .

El Nigromante.—Así es como el Ayuntamiento ha logrado que ese paseo tenga todas las peripecias de un viaje; encontrará usted, si vuelve, barrancas, peñas, marranos, carretones, diligencias, y hasta sus ladroncillos.

El eclesiástico.—¡Que sufran eso ustedes los ilustrados mexicanos!

El Nigromante.—Es lo ménos que sufrimos, y damos gracias á Dios, porque al fin no tenemos autoridad que nos proteja contra los caprichos del Gobierno general; nos encontramos siempre en estado de sitio. Mire vd., dejemos esas desagradables reflexiones, no tanto por lo que me entristecen, sino porque van minando poco á poco este articulejo que necesito terminar ahora mismo.

El eclesiástico.—Léame usted lo que lleva escrito, Sr. Nigromante, y en seguida me despido.

El Nigromante leyendo.—“México es y será por muchos años para todas las poblaciones de la República, la ciudad modelo; en materias políticas, sobre todo, sólo en México se comprenden y se practican los principios constitucionales. Vergüenza da recorrer las mismas capitales de los más florecientes Estados, donde ya un gobernador, ya un comandante militar, dispone á su antojo de vidas y de haciendas. Si con tanta infamia se comprara siquiera la independencia y soberanía del Estado! Pero no es así; el sistema de subvenciones, corrompiéndolo todo, ha venido á centralizarlo todo. Hoy, D. Benito, en las horas de la lucha electoral, puede, desde su silla, merced al telégrafo, derramar sobre las urnas

hasta hacerlas rebosar, torrentes de oro con una mano, y con la otra torrentes de sangre. Las soberanías locales forman entre las viudas que se agolpan á las puertas de la Tesorería federal. Los ciudadanos de los Estados se complacen en la ignominia cuando la ven engalanada y entre los brazos de los más elevados personajes. Los elementos de que se compone la riqueza, la vida local, se pierden día á día por una insensata indolencia; esta es una niña que corretea, regando una sarta de perlas y sonrío. Régimen municipal, instrucción pública, conquistas de la Reforma, agricultura, comercio, industria, todo se sacrifica con gusto en las bacanales con que se prepara la reelección . . . . .” En eso iba cuando llegó vd., mi amigo.

El eclesiástico.—Referiré á vd. una conversacion que ayer he escuchado en Puebla; puede ser que aproveche vd. algunos pensamientos; y si no viene al caso, vd. me dispense. Fuí á dar los días á una monja, de quien soy confesor . . . . .

El Nigromante.—¿Bonita?

El eclesiástico.—Edad mediana, ojos admirables, conversacion discreta, un talento que no agravia su hermosura, y un velo de melancolía en que se ha envuelto desde que le han dado la órden de que vuelva con sus hermanas á un convento improvisado por el señor Arzobispo. Entraba yo en busca de ella por la recámara, cuando observé que abrazaba á un jóven desconocido; detúveme y escuché este diálogo:

“La monja con un huacalito de *Corpus* en la mano.—Siéntate, primo, y cuéntame lo que dejas en México . . . . . ¿qué te parece Puebla?

Se sentaron los dos en un sofá, poniendo el huacalito en medio.

El primo.—No me ha gustado esta tierra por más que sea de vd., primita . . . . .

La monja.—Dime, hijo, ¿qué te desagrada en ella? ¡Traívieso! ya no le quites otra flor á mi huacalito, porque se lo guardo á mi confesor, que no tarda . . . . . ¿Con que has visto en Puebla muchas cosas feas?

El primo.—¡Muchas! Lo primero que desconceptúa á ustedes es su ayuntamiento.....

La monja.—¿Qué ayuntamientazo habrá en México!

El primo.—¿En México?..... ayuntamiento..... no tenemos sino la mitad! Dolor me causa ver no terminada esa penitenciaría por cuyas puertas no entrará la horrible pena de muerte!

La monja.—¿Cuántas tienen ustedes en México?

El primo.—Ni una, ni siquiera en proyecto..... pero tenemos un orfeon..... Aquí no hay movimiento mercantil.

La monja.—En México se cerrarán las tiendas á media noche?

El primo.—No tan tarde; el comercio acaba temprano; la gente queda encerrada por las caseras, también muy temprano; ¡y todos se levantan tan tarde! ¡Qué juventud tan ignorante me he encontrado en Puebla!

La monja.—Será una delicia oír la conversacion de los pollos de México. Estáte quieto; deja mi huacalito..... ¿con que la conversacion de aquellos pollos es muy instructiva?

El primo.—Como que sí! Ahora todos disputan sábiamente sobre el *do de pecho* de Tamberlick. Tienen ustedes un gobierno inepto, despilfarrado, inmoral!

La monja.—¿Salieron este año mejores que el pasado las cuentas del Sr. Romero?

El primo.—Me dicen, primita, que se vuelve vd. al convento..... Entre el gobernador y el obispo trafican con las leyes de Reforma.

La monja.—El Sr. Juárez y el señor Arzobispo han arreglado este negocio; también en México se están reinstalando las comunidades de mujeres.....

El primo.—Es imposible. El pueblo no permitiría que por favorecer la reeleccion, ni por motivo alguno, se perdiese lo conquistado á costa de tanta sangre por las leyes de Reforma. Cambiar éstas, sería cambiar la Constitucion; sería un golpe de Estado.....

La monja.—Todos los dias reciben ustedes de esos gol-

pes!..... Por Dios, primito; qué, tienes el diablo en el cuerpo?..... no tarda en venir mi confesor..... el huacalito.....

Temiendo que entre los dos se comiesen el huacalito, interrumpí con mi presencia una conversacion que ya me iba interesando. Si usted.....

El Nigromante.—¿No es una mentira, amigo mio, esa reorganizacion de los conventos?

El eclesiástico.—No señor, ántes es una consecuencia de la imprevision de ustedes. Dejando ustedes las Hermanas de la Caridad, dejaron la institucion; no asegurando en manos laicas el dote de las monjas, hicieron necesaria la resurreccion de los mayordomos; no escarmentando al clero conspirador, ahora él se aprovecha de los disturbios y de la incertidumbre con que camina el partido liberal..... Los conventos están establecidos, y seguiremos. Yo vengo por una monja descarriada, la madre N.

El Nigromante.—Pero esa señora tiene quien la ama, quien la proteja; tiene dos frutos de su amor..... ¿los dejará huérfanos para encerrarse viva en el sepulcro? ¿Dónde está la Constitucion que garantiza tan dulce, tan santa fecundidad? ¿Dónde están las leyes de Reforma?

El eclesiástico.—¿En manos de D. Benito! ¿Con que no aprovecha vd. los datos que le he dado para su ciudad modelo?.....

El Nigromante.—Maldita sea la ciudad modelo..... y D. Benito..... y el clero!

Corrió el eclesiástico y seguí echando pestes.

Junio 10 de 1871.